

Capítulo XXVII

Dolor y abnegacion.

María continuaba enferma; pero para pagar las bondades que debía al rey y á la señora de Santangel, manifestaba—haciéndose gran fuerza—vivos deseos de enlazarse con su prometido.

Lupercio de Santangel, por su parte, habia llegado á creer que María le amaba, porque así se lo habian asegurado muchas veces su madre y el rey.

En las pocas entrevistas que habia tenido con ella habia atribuido al rubor y á la tristeza que le producía su enfermedad la falta de expansion que notaba en ella.

Al lado de su amor, habia nacido en su alma un sentimiento de piedad hácia ella, y queria que se celebrase su union para asistirle en su enfermedad, y cerrar sus ojos si la muerte se la arrebatava.

Al fin y al cabo, se señaló el dia para su boda.

La noticia llegó á Diego, y el jóven se presentó á su padre.

El rey habia resuelto ser padrino de la boda, y habia nombrado para que le representase en aquel acto solemne á Cristóbal Colon.

Cuando Diego llegó á la habitacion de su padre, acababa de recibir una comunicacion del rey en que le manifestaba sus deseos.

—Al fin nos encontramos á solas,—dijo Colon á Diego. Ya hace tiempo que lo deseaba, porque he notado en tu rostro signos de una profunda tristeza, y esto es lo único que me entristece en estos dias de júbilo. Es necesario que tengas confianza en mí, que me abras por completo tu corazon.

—Tambien yo lo deseo,—contestó el jóven;—pero temo que la causa de mi desventura os alcance tambien á vos.

—Habla, hijo mio, habla.

—Ante todo quiero pedir os una gracia.

—¿Cuál?

—Muy en breve debeis partir para una segunda expedicion; llevadme á vuestro lado.

—¿Qué es lo que dices? ¿Quieres abandonar el distinguido puesto que ocupas en palacio? ¿Quieres renunciar al lisonjero porvenir que te aguarda viviendo bajo la proteccion de los reyes, para entregarte á los azares de la vida aventurera? No puedo, no debo consentirlo.

—Y, sin embargo, es necesario, es el único medio de poner término á la tristeza que me asedia. Sed

bondadoso, padre mio; llevadme á vuestro lado; que yo comparta con vos los peligros de la navegacion, que pueda embriagarme con el triunfo, que viva siempre á vuestro lado.

Colón vaciló un instante.

—Voy á darte una prueba de confianza—dijo al fin,—comunicándote mis proyectos; esto te servirá para que imites mi ejemplo y me descubras con lealtad el secreto que tanto te entristece.

Tu hermano Fernando debe participar de la gloria y de las riquezas que para tí he conquistado. Hoy vive en Baeza con los nobles servidores de mi inolvidable esposa Beatriz.

Tiempo es ya de que le alcancen los beneficios que yo he logrado: ninguna ocasion mejor que ahora en que el favor de los reyes me sonríe, para confiarles mi secreto enlace con doña Beatriz Enriquez de Córdoba y el nacimiento de Fernando.

He resuelto hacerles esta revelacion é impetrar su favor para mi hijo.

Vendrá á la corte, sabrá, porque ya tiene edad para saberlo, que es tu hermano; ocupará un puesto como el tuyo cerca del infante don Juan, y mientras yo estoy lejos deseo que tú veles por él, que tú le guies por el camino de la vida como yo te he guiado, que me reemplaces cerca de él para que, consolidándose en vuestra alma el cariño que os une, pueda yo morir tranquilo y sabiendo que los dos sois felices. Ahora bien, ¿crees que debo llevarte en mi compañía y dejar abandonado á tu hermano?

—No, padre mio, no,—contestó Diego,—acataré vuestros deseos, me resignaré con mi desdicha.

—Diego,—exclamó Colón,—yo la adivino,—eres jóven, la desgracia ha sido compañera de tu juventud, pero la desgracia no puede destruir las ilusiones de los primeros años de la vida. Tú has amado, tú amas, respóndeme, no ¿es cierto?

—Pues bien, sí; he amado, amo.

—No dudo que el objeto de tu amor sea digno, y en este caso ¿cómo puede causar tu desgracia un sentimiento que es el único que constituye la felicidad de la vida?

—Amo un imposible.

—No te comprendo. ¿Por ventura has fijado tus ojos en una dama principal? ¿Crees que el nombre, la gloria, las riquezas de tu padre no son títulos suficientes para que puedas aspirar, no digo á una dama ilustre, sino á una infanta de Castilla.

—La mujer á quien amo no es de tan elevado linaje.

—Por ventura te has prendado de alguna villana?

—No, padre mio, no. Inspira mi amor una mujer que es quizás la más desgraciada del mundo.

—Explicate.

En breves palabras os contaré su historia.

Hija de un noble señor de la corte y de una dama que desde su infancia llegó á ocupar un puesto distinguido en palacio, no santificó la religion el amor de sus padres y nació poco ménos que huérfana.

Su madre la abandonó; su padre, que se apiadó de sus desventuras y corrió á su lado para consagrarse á ella, murió en la guerra de Granada y confió al rey su secreto.

El rey fué desde entonces un segundo padre para esa jóven. Los dos nos conocimos y nos amamos; pero el rey, á quien ella debia tantos favores, dispuso de su mano para dársela á Lupercio Santangel, hijo de vuestro amigo, de vuestro protector.

La gratitud fué el obstáculo que se levantó entre nosotros.

Desde entonces nos separamos; yo para sufrir; ella para abrir su sepulcro, porque su alma está muerta y el sacrificio que se impone va á acabar con su vida.

—¿Es por ventura,—dijo Colon,—María de Alvarado.

—Sí. ¿Cómo sabéis su nombre?

—¡Pobre hijo mio! Lee este pliego; en él me anuncia el rey el próximo enlace de su protegida con Lupercio Santangel y me dispensa el alto honor de que le represente para apadrinar su boda. Ven hijo mio, ven á mis brazos. Te comprendo, pero quiero ver en tu alma la entereza que yo he tenido en los momentos de adversidad.

—La tendré, padre mio, la tendré; pero ved cuán justificado era mi deseo de acompañaros.

—Una idea cruza por mi mente,—añadió Colon,—María de Alvarado... ¿Sabes tú el nombre de su madre?

—Sí; doña Catalina.

—No hay duda,—exclamó Colon,—doña Catalina de Alvarado y su padre el conde de Almagros, ¿no es verdad?

—El mismo.

—¡Ah, desgracia sobre desgracia!

—¿Qué decís?

—Yo he visto en Portugal hace poco á doña Catalina.

—¿A su madre?

—Sí, he hablado con ella. Su dolor es inmenso, su arrepentimiento sincero. Ella me encargó que buscase á su hija, que la hablase en su nombre, que implorase su perdón porque deseaba correr á su lado, estrecharla en sus brazos, colmarla de caricias, resarcirla del abandono en que la he tenido tanto tiempo. Yo ofrecí cumplirla esta palabra y he de cumplirla. Déjame: aún puede ser que labre tu felicidad, no sé cómo: ¡Dios me inspirará!

—¡Oh! no, padre mio, yo os ruego que no intercedais con el rey. Tengo valor para sufrir mi desventura; quiero imitaros, quiero ser digno de vos. Ocultad siempre al rey mi secreto, pero yo uno mis ruegos á los de doña Catalina. Sé que gozará mucho María perdonando á su madre. Proporcionadle esta ventura; id á verla, habladla: al menos esto me servirá de consuelo.

Colon visitó aquel mismo día á Santangel, y dándole cuenta de la comunicacion que habia recibido del rey.

—Me permitireis,—le dijo,—hablar á la jóven desposada, porque como padrino en representacion del rey, quiero tener una entrevista con ella.

María, que habia sabido la entrevista de Colon y su objeto, se apresuró á recibirle.

Los dos estaban profundamente conmovidos.

—María,—dijo Colon,—no soy el enviado del rey,—soy vuestro amigo, vuestro padre. Conozco que os ligan con mi hijo lazos del alma, pero sé al mismo tiempo los obstáculos que se oponen á vuestra felicidad. Dios lo ha querido así; respetemos su voluntad. Sin embargo, en las grandes aficciones son más necesarios que nunca los consuelos. Oidme como si fuerais mi hija. Tal vez voy á proporcionar á vuestra alma una satisfacion que calme los dolores que hoy la agitan.

—¡Ah! sí; habladme de ese modo y dejadme que os pueda llamar padre. ¡Dios solo sabe el porvenir que me aguarda! pero si vivo, que no lo espero, Diego será para mi un hermano, vos un padre.

—Padre y hermano,—dijo Colon,—dulces son los afectos que inspira; pero, María, hay otro cariño en la tierra que es superior á todos: el cariño de una madre.

—No la he conocido,—dijo la jóven,—desde muy niña me abandonó la mia.

—¿Es decir que no la recordais?

—Muy vagamente recuerdo á una señora que con las lágrimas en los ojos se acercó á mí para besarme. Despues no la volví á ver, pero pregunté á mi aya

pasado algun tiempo, quién era y no se atrevió á responderme. Yo he presumido que aquella mnjer llorosa era mi madre. Aunque me ha faltado su cariño y respeto su memoria, y quién sabe si ha sufrido más que yo por vivir separada de mí!

—¿Segun eso la perdonais?

—¡Perdonarla! ¿Por qué?

—Porque os abandonó.

—No la he culpado nunca; y aunque al preguntar á mi padre por ella llené de dolor su pecho, aunque comprendí que con su ausencia me habia hecho mucho mal, solo he deseado su bien.

—¿Y habeis pensado mucho en ella?

—Sí, muchas veces, ¿cómo no vendrá á verme? ¿cómo no me buscará? me he preguntado; pero la última respuesta que me ha dado á mis preguntas ha sido muy triste: sin duda ha muerto.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si viviera, y arrepentida de haberos abandonado, sin más consuelo en la tierra, sin más esperanza que vuestro perdon y vuestro cariño, quisiera velar á vuestro lado, vivir con vos, la abririais vuestros brazos?

—¿Podeis dudarle?

—¡Oh! no, pero deseo oirlo de vuestros lábios.

—En medio de mis desventuras si yo alcanzase la inmensa dicha de ver á mi madre al lado mio, sobre todo en estos momentos, grande es mi dolor, pero su cariño lo mitigaria.

—Pues bien, María, voy á hacer os una revelacion.

—¿Acaso vos conoceis á mi madre?

—Sí.

—¿Y vive?

—Vive.

—¿Ah! ¿decidme dónde está?

—En un país extranjero, en Portugal.

—¿Vos la habeis visto?

—Al regresar de mi viaje he tenido ocasion de conocerla. Vive muy desgraciada, muy arrepentida, de su pasado, y al saber que yo venia á España: «Dichoso vos,—exclamó,—que podeis ir á mi patria, que podeis vivir bajo aquel cielo que protege la vida de mi adorada hija.» Y con lágrimas en los ojos: «Buscadla,—me dijo,—decidle mi afliccion, implorad su piedad para mí y si quiere recibirme á su lado, si quiere que la estreche en mis brazos, que pase el resto de mi vida contemplándola, sacrificándome por su felicidad, me consideraré la más feliz de las mujeres.»

—¿Ah! ¿por qué no ha venido con vos?—dijo María.—Anunciadla enseguida que mi único anhelo es verla, es abrazarla, confundir con ella mis lágrimas. Decidla que venga pronto,—añadió con tristeza,—porque si tarda, acaso no halle más que un sepulcro.

—¿Qué decís?

—Sí, padre mio, yo sufro mucho. Si al ménos me dejaran en libertad, si no me obligaran á unirme con un hombre á quien el sentimiento de la gratitud me liga, pero que no puedo amar, á quien no amaré nunca, acaso hasta la idea del martirio me haria go-

zar. Pero van á enlazarme con Santangel, van á obligarme á fingir sentimientos que no existen en mi corazon, y á fuerza de ahogar mis penas llegará pronto el dia en que me maten.

—Oidme, María, si el rey supiera á fondo vuestros sentimientos, el rey os quiere bien y no os sacrificaria. Vuestro prometido, que os ama tambien con toda su alma, renunciaria á la felicidad que espera si pudiera imaginar que haceis un sacrificio. Vos no podeis ser franca; yo tampoco; mi hijo Diego tiene bastante abnegacion para sufrir. Pero vuestra madre vá á venir; una madre tiene derecho de conocer los secretos de su hija, y cuando los conozca, esa madre puede hablar; lo que en vos ó en nosotros seria un acto de debilidad, en ella es el cumplimiento de un deber. Hoy mismo voy á anunciarle la felicidad que le espera. Tal vez antes de ocho ó diez dias esté aquí. Faltan quince para que se celebre vuestro casamiento; aún hay esperanza.

—Dios os escuche; pero creo que vuestras esperanzas no se realizarán; la mia sí.

Los dos se separaron.

Colon sintió una profunda tristeza.

Pero él habia sufrido aquella misma enfermedad y se habia curado de ella.

Aquel mismo dia escribió á don Luis de Souza Fajardo.

Doña Catalina partió al dia siguiente para España dejando á su amante una carta en la que le comunicaba los motivos de su resolucion.

Colon habló á Santangel, y al mismo rey, de la próxima llegada de doña Catalina.

Diez dias despues madre é hija confundian estrechamente abrazadas sus lágrimas y sus sollozos.

El rey, perdonando á doña Catalina, la señaló una pensión para que pudiera vivir desahogadamente.

María ocultó á su madre sus sentimientos.

Lupercio Santangel habia hablado con doña Catalina, le habia confiado el amor que le inspiraba María y su misma madre intercedió en favor de él.

El dia de la boda se acercaba.

Colon vió á María.

—¿Habeis hablado á vuestra madre?

—No; quiero que ignore mi secreto; yo tendré valor.

Todo estaba preparado en la capilla de palacio para que recibieran la bendición nupcial María de Alvarado y Lupercio Santangel.

El novio vestia sus mejores galas.

María tenia ya puesto el traje blanco y el velo de desposada.

Los más nobles señores de la corte asistian á la ceremonia.

Una carroza de palacio habia ido á buscar á los novios.

La comitiva llegó á la puerta de la capilla.

En el momento de entrar, lanzó María un grito penetrante y cayó desvanecida en los brazos de su amante.

Todos acudieron á socorrerla.

Los médicos de palacio la prodigaron toda clase de auxilios.

Fueron inútiles.

María habia espirado y esta noticia produjo la mayor consternacion.

Antes de salir de su casa para ir á palacio, habia escrito algunas líneas que habia entregado á Colon para que se las liera á su hijo.

«Mi corazón me dice que voy á morir,—habia escrito la jóven,—te espero en el cielo.»

Colon guardó aquel papel, porque comprendió que si llegaba á manos de su hijo, el exceso del dolor le mataria tambien.

Sus consuelos y su ejemplo mitigaron su pena.

Lupercio Santangel abrazó la carrera de las armas con el deseo de perecer en la primera accion.

Doña Catalina profesó en un convento.

Abandonemos á estos personajes para asistir á las luchas que los preparativos de una segunda expedición ocasionaron á Cristóbal Colon.